

4. ANÁLISIS

4.1

Fracturas y nuevas estrategias políticas

Luis Pedro España N.

Todo intento de golpe de Estado muestra debilidad en la estabilidad del sistema político. Si bien ello no determina que no puedan ser superadas las causas que llevaron a la acción en contra de la democracia, y por lo tanto que se recupere la estabilidad comprometida tras el golpe, el peligro inmediato es que la "lectura" de la fracasada sublevación militar sea de tal tipo, que estimule nuevas acciones desleales.

En Venezuela, luego de consolidado el régimen democrático, en la medida en que transcurrían los años bajo su signo, el sistema ganaba igualmente en mayor grado de institucionalidad reduciendo de esta forma los "estímulos" a la activación de grupos desleales.

Sin embargo, en los primeros años de la democracia, cuando "lo normal" era la reacción contra el entonces nuevo sistema por parte de los perdedores del régimen derrocado, cada vez que el sistema vencía a los intentos de derrocamiento, éste mostraba debilidades pero lograba sobrevivir y, por tanto, continuar fraguando su viabilidad futura.

Una vez superada esa etapa, la anti-güedad alcanzada era signo de mayor institucionalidad. Pero cuando la estabilidad se ve comprometida por un intento de golpe de Estado, veinte años después de la desaparición de los primeros desleales, la relación se invierte y lejos de suponer que el actual fracaso de los militares alzados consolida al sistema más bien lo deteriora, en el sentido que cuestiona la institucionalidad que había sido alcanzada.

De esta forma, la reciente sublevación militar lo que ha hecho es debilitar las condiciones que elevaban los "costos" para que un actor político optara por la conspiración para hacerse con el poder. Los 34 años de democracia, la aparente institucionalidad de las FF.AA. y la incertidumbre sobre la reacción de la población ante un golpe, operaban como factores disuasivos. Luego del 4 de febrero, los tres elementos anteriores, atenuadores de la conspiración como estrategia políti-

ca, pueden ponerse en entredicho.

Si como hemos visto las defensas del sistema contra la conspiración desleal se han reducido por la serie de "efectos demostración" que siguieron al intento de golpe, es esperable entonces que la conspiración sea reinaugurada como estrategia política en Venezuela.

CONSPIRAR EN DEMOCRACIA

El hecho que las nuevas condiciones que se desprenden como consecuencia de la reciente sublevación militar, lleve a suponer que la conspiración deja de ser una práctica devaluada dentro de la democracia venezolana, no quiere decir necesariamente que estamos al borde de un quiebre en el orden político.

Los conspiradores, como una particularidad de opositores desleales, siempre existen en una democracia. Bien sea porque el mismo régimen "los fabrica" como mecanismo para atacar la disidencia, o bien, porque ciertamente las relaciones entre militares y políticos está lo suficientemente deteriorada como para que la conspiración sea un instrumento de lucha política eficaz.

Con la poca información no mediatizada de que se dispone a la fecha, aparentemente los opositores militares que se sublevaron, tenían un **mensaje para derrocar al gobierno**, pero quizás no uno para **formar gobierno**, a no ser el "simple uso de la fuerza" como instrumento para mantener el control sobre la población.

Haciendo abstracción de los límites que la comunidad internacional impone a la probabilidad de que subsista un "gobierno de militares", y considerando únicamente factores endógenos, los militares alzados no podían hacer gobierno porque no tenían proyecto político ni, aparentemente, vinculaciones con la sociedad civil. Por una parte, aquellos actores políticos, "candidatos a la deslealtad con la democracia", de derecha o izquierda, fueron tan "sorprendidos" por el golpe como el resto de los ciudadanos comunes. Por otra, un listado de "quejas", más

o menos obvias (corrupción de los políticos, crisis socio-económica, nacionalismo fetichista, inseguridad personal y desorden) pueden ser muy eficaces para lograr adhesiones momentáneas en una situación de descontento generalizado, pero no representa una propuesta alternativa viable al "atolladero" en el cual se encuentra el sistema político actual.

El hecho que el reciente intento de golpe no haya tenido vinculaciones orgánicas con el mundo civil, no garantiza que el "peligro" terminó; por el contrario la evidencia de una fractura en las FF.AA. puede significar, en este momento, una oportunidad para la conspiración exitosa.

Abierta la conspiración como estrategia política en la democracia venezolana, esto complejiza los planos de lucha dentro del sistema político. Ahora los opositores leales, básicamente los partidos llamados del status y las instituciones enlazadas al "Pacto Democrático", tendrán que competir con los actores políticos candidatos a la oposición desleal y los que constituyen la fracción "golpista" de las FF.AA., en dirección de lograr la adhesión de la mayoría desarticulada, que durante el golpe, se mantuvo apática o expectante.

De ocurrir esta competencia entre leales y desleales, entendiendo que éstos últimos nunca serán claramente identificables porque de serlo pasarían directamente a la ilegalidad y a ser objeto de la lógica represión del orden, se va a generar un incremento en las tensiones políticas que se agregan a las ya existentes y que fueron en parte generadoras del intento de golpe de Estado. De este modo, dentro de lo previsible, el futuro político venezolano será de incremento de la tensión, el conflicto y la "temperatura" del sistema, a menos que comiencen a producirse cambios dentro del propio orden democrático, los cuales antes de que ocurriera el golpe eran inesperados.

Suponer que la aparición de una competencia entre leales y desleales elevará la tensión dentro del propio sistema político, no quiere decir necesariamente que de ahora en adelante la democracia venezolana será sometida a la continua zozobra de asonadas militares. Ello es poco probable, pero no imposible. La cotidianidad del sistema se va a desarrollar a través de una elevación del conflicto, pero de un modo menos perceptible. Esto podría consistir "simplemente" en las consecuencias dejadas por la experiencia del intento de golpe militar en los actores políticos. La conformación de sus expectativas y, por tanto, la planeación de su acción va a estar mediatizada por la desconfianza entre los actores políticos visibles.

La desconfianza que sigue "al golpe"

4. ANÁLISIS

será un factor de tensión y reducción de la tolerancia dentro del orden democrático que acaba de sobrevivir. Ello explica por qué en el futuro inmediato, aún dentro del orden, lo razonablemente esperable sea el aumento de la presión desde y sobre el sistema político.

Definidas las relaciones futuras de este modo, es decir, bajo el signo de la tensión (dada la presencia de condiciones para que los candidatos a convertirse en desleales lo hagan), faltaría por definir cuál sería el contenido de la competencia.

"TODOS SOMOS DEMOCRATICOS", PERO UNOS MAS QUE OTROS

Lo normal después de un intento de quiebre democrático, es que la lucha se plantee en términos de la polaridad Democracia-Dictadura. La discusión nacional inmediata al frustrado golpe de Estado, fue precisamente esa. El gobierno y los actores políticos que más tienen que perder con el quiebre de este orden, presentaron a los derrotados como conspiradores autocráticos y dictatoriales. El resto de los actores políticos (partidos políticos minoritarios, grupos de opinión tradicionalmente críticos al sistema y personalidades de influencia relativa), incluyeron motivaciones distintas, por parte de los **golpistas** como razones para lanzarse a la aventura. Así la crisis, la corrupción, la inseguridad, la pobreza, etc., podían también ser causas del golpe.

No seremos nosotros quienes especulemos sobre cuál era la motivación. En cuanto a ella, no hay información confiable por ahora, y ciertamente no parece suficiente la opinión tranquilizante que adjudica todo el peso de las causas del golpe al mesianismo castrense de este grupo de alzados. Como tampoco la única causa debe encontrarse en los efectos sociales del programa económico del actual gobierno.

No obstante, dejando de lado las opiniones interesadas sobre las razones que motivaron el golpe, debe ser obvio que en alguna medida "la crisis" (como palabra que engloba los últimos doce años de problemas de toda índole en el país), tenía que ver necesariamente con el contexto en el cual se analizó la posibilidad de éxito del golpe, y tendrá aún mucho más que ver con los cálculos que realicen, en el futuro, los candidatos a la conspiración.

Teniendo esto claro, lo que si no lo es tanto, es si el golpe preveía el paso directo al autoritarismo castrense. En otras palabras ¿en qué dirección fue el ataque? a la "democracia" como sistema de gobierno, o al modo como la democracia venía manejando "la crisis".

Plantearse la interrogante tiene senti-

do porque ello nos permitirá reconocer que un eventual "proyecto político desleal" no tendría necesariamente que plantearse en términos de la polaridad democracia-dictadura y optar por ésta última. Por el contrario, la apuesta desleal puede pretender "ser democrática".

Sobre esto, históricamente hay lecciones en Venezuela que no deben olvidarse. El golpe de Estado que las FF.AA. le propinaron al primer presidente democráticamente electo, Rómulo Gallegos, pretendió ser un "golpe democrático" con el fin de eliminar al actor político más importante en ese momento, el partido Acción Democrática. Ese episodio histórico demostró que dicho golpe "moderador" al "exclusivismo de un sólo partido" terminó cerrando el sistema político para otros actores que no fueran los integrantes de la cúpula dictatorial.

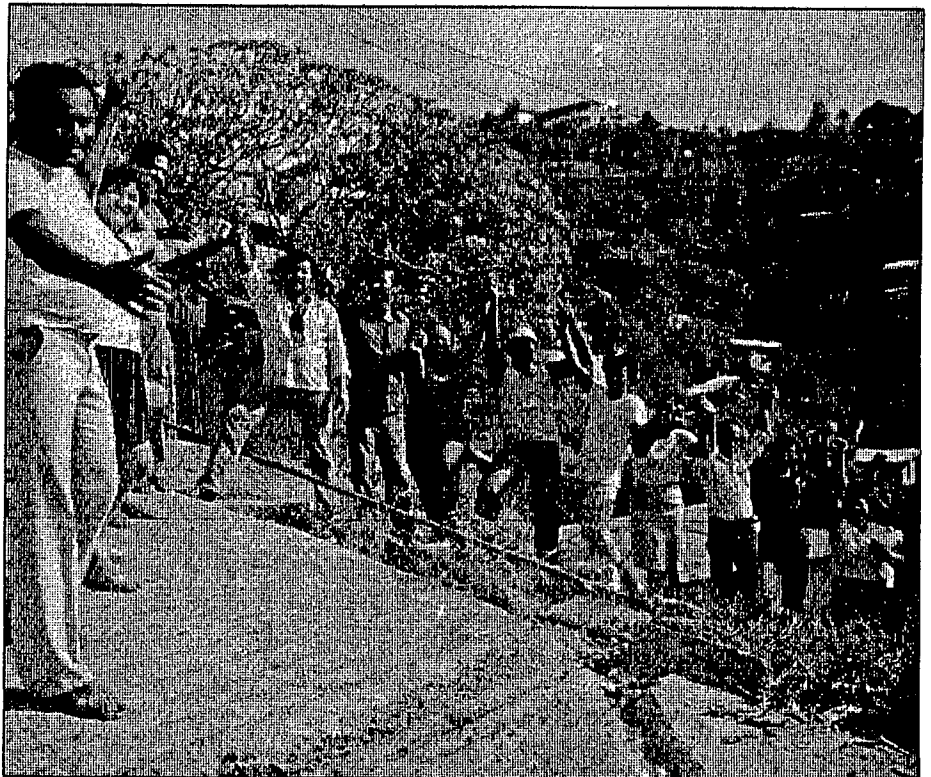
Sin embargo, más allá de la "honestidad" de la proposición de un "golpe democrático o moderador", ciertamente la viabilidad de un proyecto político que pase por la ruptura del orden constitucional, más allá de la inviabilidad que podría provenir de las acciones que probablemente tomaría la comunidad internacional, internamente sería insostenible mantener un régimen auténticamente **pretoriano**, luego que las relaciones económicas y sociales del país se han conformado en democracia.

No en vano, la democracia como abstracción mantiene altos niveles de aceptación y apoyo, según las encuestas, por parte de todos los sectores del país. Aun-

que lo que haya aparecido como reacción de la población no fue apoyo explícito, como sí había ocurrido con otros levantamientos militares durante los primeros años de la democracia, puede sostenerse como hipótesis que la democracia como valor forma parte de los venezolanos, por más que la expectación de la población durante el golpe pueda interpretarse como revancha o resentimiento contra quienes el común señala de "responsables de la crisis".

Lo anterior lleva a pensar que no es nada descabellado suponer que los actores políticos desleales, que puedan aparecer en el futuro, quizás tengan contenidos democráticos. Ello lleva a la siguiente pregunta ¿se puede ser "golpista de democracias" y ser democrático a la vez?.

Según la teoría sí, pero una afirmación muy condicionada. Todo "golpe a una democracia", por contenidos muy democráticos que se postulen, implica un acto de deslegitimación a las instituciones democráticas fundamentales. La Constitución en primer lugar, porque en ella se estipula un procedimiento para la transferencia de poder que es pacífico, es decir las elecciones. En segundo lugar, se desconoce la "voluntad" expresada en las elecciones, entendiendo ésta última como institución. En tercer lugar, implica el



4. ANÁLISIS

4.2

Los megaproyectos sociales como respuesta

Pedro Trigo

desconocimiento de las políticas tomadas por un gobierno constituido con la aceptación de la mayoría, incluidas leyes y sanciones judiciales.

Para que el "golpista democrático" pueda ser democrático la motivación del actor desleal debe centrarse en "desempeño del gobierno" y no en la democracia como sistema, aunque con los severos límites ya señalados.

En los regímenes presidenciales, como el nuestro, una crisis de gobierno se puede convertir en una crisis de régimen, dado que no hay mecanismos para cambiar al ejecutor (el presidente, el gabinete y la orientación de su gobierno) antes del tiempo constitucionalmente estipulado (a veces interminablemente largo), caso contrario a lo que ocurre en regímenes parlamentarios, por ejemplo, donde una coalición de oposición puede cambiar al Ejecutivo. En tales circunstancias, una intervención militar al estilo de "poder moderador", introduciría una "pausa" para luego reiniciarse el proceso democrático, aunque el medio utilizado implique afectar a la democracia en sí misma, lo cual resta toda garantía de reestauración democrática.

En ese sentido es que puede que esté planteada la estrategia conspirativa de los posibles desleales del futuro. Admitir que es en este plano donde eventualmente se "moverán" los desleales y no en la confrontación polar democracia-dictadura, optando por esta última, es esencial para que los leales ordenen sus acciones, si la apuesta es por la continuidad democrática.

Si se acepta que lo más probable es que los posibles ataques futuros a la democracia podrían hacerse incluso en su propio nombre, el tipo de acciones que deben implementar las fuerzas democráticas leales son bien distintas así los opositores desleales fuesen claramente antidemocráticos, es decir, si sus ataques fuesen contra el sistema y no contra el manejo de los problemas por los que atraviesa el sistema.

Independientemente que objetivamente sea cierto que un "golpe" en modo alguno podía o puede resolver los problemas que actualmente confronta la democracia, los hechos han demostrado que mientras existan actores políticos (militares o civiles) que apuesten por salidas de fuerza, la democracia está en peligro. Más aún cuando hay una situación de crisis que estimula este tipo de opciones.

El Presidente Pérez anunció tres megaproyectos para las áreas de educación, salud y servicio de agua potable, y conminó a las Cámaras a aprobarlos con la celeridad requerida. El fallido golpe militar puso absolutamente en evidencia algo mucho más grave que él: el resentimiento profundo, amargo, casi feroz de la población contra la persona del presidente y contra todo el estamento político. Se sabía que Pérez no contaba con el pueblo, se sabía del desencanto de vastas capas de la población respecto de la democracia. No se sospechaba que este rechazo pudiera poseer tanta extensión y menos aún tanta carga emotiva. Para mucha gente "peor no podremos estar"; de ahí, el no ofrecer resistencia, incluso el deseo de "que prueben otros".

Por eso, la necesidad perentoria del Presidente de hacer gestos significativos que demuestren fehacientemente a los venezolanos que la democracia sí puede corregirse a sí misma. Es elemental que los discursos hieráticos en los que se dice "lo que se tiene que decir" están agotados y son tremendamente contraproducentes: acaban hartando a los que todavía no tienen colmada la medida. En la coyuntura actual la propaganda no hace más que ahondar la fosa. Por eso se impone la necesidad de tomar decisiones audaces. Una necesidad que compartimos con el presidente quienes creemos que por muy mal que estemos, no hay nada que buscar en un régimen militar, quienes pensamos que los militares no están hechos para gobernar y que un gobierno militar es sólo una vuelta al pasado, una pérdida grave de tiempo y de energías, un salto atrás en la necesidad histórica de implementar en nuestro país una democracia. Esto, sin ningún odio a los militares, sino con positivo respeto para su papel institucional.

¿REALAZOS ELECTORALES?

Estamos de acuerdo con el Presidente en que las tres áreas escogidas son absolutamente prioritarias. El problema del agua está llegando en muchas zonas populares a un punto tal de deterioro que trastorna profundamente la vida y es caldo de cultivo de enfermedades endémicas. En la atención a la salud popular hemos retrocedido hasta antes de Medina y sobre todo se perdió la mística que venía de más atrás, con el agravante de que las expectativas del pueblo son muchas más elevadas que entonces; de ahí, la frustración y la pérdida de autoestima de mucha gente popular al verse enfermos, sin fuerzas para enfrentar los retos de la vida. Y por lo que respecta a la educación del pueblo hay que decir que quienes hoy transitan la primaria (salvo meritorias excepciones) al acabarla no habrán aprendido a leer, a escribir ni las cuentas ni menos aún hábitos de estudio y métodos de aprendizaje. Nadie puede negar que referirse al agua, a la salud y a la educación es poner el dedo en la llaga.

Lo que no vemos tan claro es que los problemas en estas áreas se resuelvan a realazos. El Presidente es el primero que sabe que los hospitales, el Ministerio de Educación, el INOS y al menos su sucedáneo capitalino son sacos sin fondo. Si no se cose primero el saco es absolutamente insensato echar nada en él; menos aún volcar una inmensa chorrera que acabe de romper el fondo que todavía pudiera quedar. Precisamente la percepción de que se roba sin duelo y de que no se castiga a los culpables y todo sigue igual es de lo que más indignación causa en la gente y tal vez el punto mayor de coincidencia entre la población y los militares alzados, formados ambos en la prédica constante de la moral republicana como encargo del